

## **ASPECTOS CINEGÉTICOS EN LA OBRA DE AURELIO TENO**

---

MARIANO AGUAYO ÁLVAREZ  
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

---

Como el título de mi modesta intervención puede dar lugar a confusiones, debo aclarar que era mi intención contemplar con ustedes los aspectos de la obra de Teno en la que aparecen animales salvajes. Lo de cinegéticos surgió, para su sorpresa, con las premuras de confección del programa. Yo sé que Aurelio Teno no es cazador. Y no porque la caza, en modo alguno, sea incompatible con la cultura o con la sensibilidad. Aun cuando estemos atravesando una época en que el viejo arte de venar pueda ser despreciado por ciertos sectores, baste para defenderlo recordar al maestro Ortega y Gasset, cuando afirmaba: *Esta enjundia de esfuerzo y hazaña que lleva dentro la caza, en su mejor estilo, ha hecho siempre que se los considerase como una gran pedagogía, como uno de los métodos preferentes para educar el carácter. Sólo en la edad contemporánea y, aún durante ella, sólo en las regiones más desmoralizadas de Europa, se ha subestimado el afán venatorio.*

Pero, después de todo, y aprovechando que el Cuzna pasa por Villaharta, sí que creo poder relacionar al obra de Aurelio Teno con la caza y, más concretamente, con una de sus más nobles y viejas manifestaciones: la cetrería, única arte de caza que he encontrado representada en una escultura de Teno, *Halcón de Cetrería*, fechada en 1981, en la que el ave, con un ligero aleteo, mantiene el equilibrio sobre el puño del halconero.

Cualquier espectador sensible ha gozado con el vuelo poderoso y silente de las rapaces. Con la suave armonía del batir de sus alas, con el tenso reposo de sus cuerpos mecidos en el aire como veleros celestes. Pero pocos tienen la oportunidad de contemplar la achuzada de un halcón peregrino sobre una paloma, el arremeter del azor sobre el conejo o el sobrecogedor agarre de una liebre por el águila.

Cuando una rapaz en su vuelo se interpone entre nosotros y el sol, hay un momento de deslumbramiento en que las alas cubren la luz pero ésta nos sigue cegando a medias. Es una belleza inaprensible, insostenible, fugaz. Y allí parece

que hubiera estado Aurelio Teno, viendo el águila pero con el pensamiento ya puesto en sus materiales. En sus bronces, sus cuarzos, sus metales preciosos.

Yo he admirado sin reservas a Teno desde hacer muchos años. Recuerdo que, hacia el 65, me dijo un día Carlos Areán en Madrid, con su acento suave y preciso de gallego liberado,

– Hay un cordobés muy interesante que hace escultopintura. Aurelio Teno se llama. Es de lo mejor. Usa cualquier material para modelar formas fluctuantes que luego pinta.

Yo no lo conocía. Eran sus años de París. Pero, en seguida, expuso en el Ateneo y me impresionaron sus obra fuertes, duras, abigarradas. Aquel Pedro el Cruel, aquellos Reyes Católicos que aún no entiendo cómo consiguió colarles a los mentores del establecimiento de aquellos días...

Pero volviendo a las rapaces de Teno, no parece sino que hayan sido formadas con retazos de ese sol cerca del que vuelan. Los prismas de cuarzo ayudan a descomponer la luz en el entorno de la figura y dan, muy sabiamente, esa sensación de brillantez, como de un contenido afán de batir alas. O conforman oquedades en el seno del búho de mirada taladrante, dejando la plata para unas garras dispuestas a caer en la noche sobre el pobre conejo tan desprevenido ante su mudo predador.

Una larga tradición de orfebrería cordobesa ha dado a Aurelio Teno la libertad de oficio necesaria para no tener que soslayar ningún compromiso. O se domina el oficio, en cuyo caso el artista lleva a su obra por donde quiere, o la materia lo lleva a uno a rastras, en una penosa lucha perdida de antemano. Teno, con sus metales, con sus piedras, consigue la libertad. Esa libertad que no le obliga a mirar de reojo a nadie, que le permite crear libremente, en un ejercicio de altanería en el que emula a sus propios halcones.